

Lunes, 20 de enero 2020

2ªSemana tiempo ordinario

“La persona agradecida es la que me honra, dice el Señor”

1Sm 15, 16-23 Obedecer vale más que un sacrificio.

Sal 49, 8-9. 16bc-17. 21. 23 Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios.

Mc 2, 18-22 Cuando se lleven al novio; ese día sí que ayunarán.

Te creías pequeño, pero el Señor te ha hecho capaz. Eres uno de sus enviados y no le has obedecido. ¿Por qué? ¿Qué excusa das?

Señor, he hecho esto y lo otro... he ofrecido sacrificios... Pero, ¿quiere el Señor?, ¿quiere sacrificios y holocaustos o que le obedezcan? **No te reprocho tus sacrificios, pues siempre están tus holocaustos ante mí.**

Pero no aceptaré tus sacrificios. Hablas de mí, pero no me haces caso.

Lo que quiere el Señor es obediencia, lo que quiere es que seamos dóciles a la palabra de Dios. Sin embargo, acudimos a horóscopos, a adivinos, hacemos caso al mundo, nos obstinamos en nuestras apetencias sin percatarnos de que todo eso nos separa de Dios. La obstinación es crimen de idolatría.

Podemos quedarnos en preceptos, en ayunos..., y entonces, ¿de qué sirven? Lo que importa es el sentido que damos: ¿Quién está en tu corazón? Mientras la alegría esté contigo, ¿qué necesidad hay de ayunar?

Tú prepara tu enamoramiento, remoja tu vida, dale la fuerza de la fe, procura tener y conservar la experiencia gozosa del amor. Remoja de nuevo tu vida, para que acoja la palabra, el vino nuevo.

A ti levanto mi alma, a ti que habitas en el cielo, porque quien espera en ti no queda defraudado (Sal 24). El Espíritu Santo vendrá sobre ti y su fuerza estará contigo, pues eres hijo de Dios. Señor, haz en mí según tu Palabra, hazme instrumento de tu paz. Ve y anuncia lo que has experimentado, lo que vives, lo que se te ha confiado.

No temas: La convivencia humana basada en Dios es armónica y se casa con la libertad, la justicia, el amor y la verdad.

Sábado, 25 de enero 2020

Conversión de S. Pablo

“Dios no impone, no manda, se ofrece: ¿Me dejas...?”

Hch 22, 3-16 He servido a Dios con tanto fervor como vosotros.

Sal 116, 1-2 Firme es su misericordia, su fidelidad por siempre.

Mc 16, 15-18 El que se resista a creer será condenado.

¿Me dejas vivir en ti, contigo? María se deja hacer y encarna el amor de Dios en ella. Se trata de acoger con nuestros brazos y en nuestro corazón, la ternura de Cristo Jesús. Escucha la Palabra de Dios y una gran luz te envolverá, te bajará de tu egolatría y escucharás tu nombre. Y tu respuesta agradecida será: “¿Qué debo hacer, Señor?”

Levántate, en la predicación y escucha de la palabra de Dios te dirán lo que tienes que hacer. Déjate hacer, comparte tu fe y enriquécete con la de los demás.

Se trata de recobrar la fe, de experimentarla, de gozar con y en ella: “El Dios de nuestros padres te ha elegido para que conozcas su voluntad, oigas a la Palabra y te alegres en ella; el mundo necesita tu testimonio.”

Os he llamado para enviaros y que deis mucho fruto, y vuestro fruto permanezca. A los que crean, los acompañará la alegría, la paz, la esperanza. A los que tienen necesidad de calmar su sed les llegará agua del manantial de la vida.

No he venido, no estoy para juzgar, sino para amar, pues Dios se hace presente cuando amamos, ya que es su amor el que se manifiesta en nosotros. Los santos que necesita la Iglesia somos nosotros.

El ser humano necesita trascendencia, espiritualidad, y esto no tiene límites, no se los pongamos, pues para Dios no hay nada imposible. El problema está en que es estrecha la puerta por la que entrar, necesita humildad, que nos lleva a la verdad y a la libertad.

Cristo es el Señor para gloria de Dios Padre, y a él seguimos agraciados y agradecidos, misterio de pequeñez para ascender.

Miércoles, 22 de enero 2020

“Si la fe carece de experiencia, ¿qué clase de fe es?”

1Sm 17, 32-33. 37. 40-51 Yo voy hacia ti en nombre del Señor.

Sal 143, 1-2. 9-10 Dios mío, te cantaré un cántico nuevo.

Mc 3, 1-6 Jesús le dijo al que tenía la parálisis: Levántate y ponte ahí en medio.

El Todo Poderoso se hace pequeño para que podamos alcanzarlo y abrazarlo. Ésta es nuestra tarea: verlo, reconocerlo, acogerlo y abrazarlo. Y en esto estamos. Dios no quiere que sea el poder lo que nos mueva, sino su amor humilde, cercano, tierno que nos conmueva y podamos alcanzarlo con nuestro sí quiero, con nuestra libertad. Un amor que nos enamore y ya no podamos decir no, porque nos mueve desde el hondón del alma, pues es su amor en nosotros el que dice el Hágase en mí según tu Palabra. Éste es el empeño de Cristo Jesús que insiste una y otra vez en que nos dejemos amar primero.

Por eso se muestra dolido, cuando la dureza de nuestros corazones mira sin compasión la necesidad de los demás. Jesús nos anima: Extiende el brazo. Déjame sanarte, déjame llenarte de mí. Si nos acercamos, si nos dejamos abrazar, él restaura su amor en nosotros. La fe vuelve a tener fuerza. El mundo no lo entiende y pretenden destruir lo bueno, lo que da vida al ser humano y quieren acabar con todo lo que tenga relación con Dios.

Hay veces en que, en nuestra parálisis, nos cuesta reconocer el dolor de los demás, que, a veces es tan grande que se desea la muerte. ¿Cómo es nuestra mirada a los demás?, ¿es la de comprender, la de consolar, la de aliviar, de entrega y respeto? ¡Qué fácil resulta el enjuiciar...! ¡Qué fácil mirar con nuestra visión mezquina! ¡Cuánto nos falta de respeto a la dignidad humana!

Recordemos el camino de búsqueda de los Reyes Magos: conocimiento del amor, que se transforma en sabiduría.

Jueves, 23 de enero 2020

“Sólo quiero querer lo que tú quieres, Señor”

1Sm 18,6-9;19,1-7 ¡No vayas a pecar derramando sangre inocente!

Sal 55,2-3.9-13 Dios mío, los votos que hice, los cumpliré agradecido.

Mc 3,7-12 Cuando lo veían, hasta los espíritus inmundos se postraban.

Nuestra esperanza brota a los pies de la cruz, porque tras la muerte está la resurrección: ¿qué podrá hacerme un hombre?

Necesitamos pasar del conocimiento del otro a la amistad, del conocer a Jesús a la experiencia de su amor, del saber cosas de Jesús a saborear su presencia.

La gente acude por curiosidad, por la novedad, por ver en qué se pueden beneficiar, pero somos inconstantes, nos cansamos pronto y buscamos comodidades y bienestar. Los deseos, las apetencias nos dominan, nos falta consistencia, fundamentar nuestra vida. Y en estos tiempos en que la información nos invade, perdemos de vista los valores en los que fundamentar la vida.

Misericordia, Dios mío, que me hostigan, me atacan y me acosan. Ayúdanos a poner la confianza en ti.

Qué bueno si hiciésemos como Jesús que se retiró con sus discípulos a la orilla, de este modo puede que haya mucha gente que se dé cuenta y siga a Jesús. Hasta el punto de que haya necesidad de preparar lugares de recogimiento, de intimidad... pues puede dar lugar a que se busquen beneficios, pero no la fe. Se puede querer tocar y no confiar. Entonces, ¿en que apoyarán la vida si no reconocemos al Hijo?, ¿cómo nos podemos querer identificar con él?

Jesús es la encarnación del amor de Dios y todo se fundamenta en él. De una realidad surgida del barro de la tierra, Dios nos hace sus hijos, amados a su imagen y semejanza. Si el cristiano no persevera en la escucha de la Palabra, sin darse cuenta termina pensando como el mundo, preocupándonos de lo que piensan y hacen los demás.

Viernes, 24 de enero 2020

“La perseverancia y la fidelidad se besan, van unidas”

1Sm 24, 3-21 La maldad sale de los malos.

Sal 56,2.3-4.6.11 Misericordia, Dios mío, misericordia.

Mc 3,13-19 Jesús llamó a los que quiso y se fueron con él.

La constancia la encontramos a veces en la claridad, otras en el asombro y otras con desconcierto; unas veces sin entender y otras con esperanza, pero siempre en la fe, respondiendo con el: Hágase, en el sí quiero.

Nuestra libertad se encuentra frente al enemigo: mi yo. ¿Qué quieres hacer con él? Dos opciones: obedecer o ir por mi cuenta. El Señor nos da el poder, la capacidad de ser hijos. Siendo el Hijo el que nos hace sus compañeros para enviarnos a predicar, a dar testimonio con nuestra vida, y poder echar de nuestra vida los demonios que nos acechan.

Necesitamos orar, escuchar la palabra de Dios, para no perder el enamoramiento. Necesitamos guardar el amor en nuestro corazón, custodiar la Palabra. No olvidemos que tenemos sed de Dios, del Dios vivo (Sal 42,3). Orar es abrirse al amor de Dios, a dejarse amar por él. Nadie sabe lo que Dios tiene preparado para cada uno de nosotros, para los que se dejan amar. No olvidemos que, en el dolor, en la enfermedad, en el sufrimiento, Dios nos mira con especial cariño.

Qué pena cuando actuamos como si Dios no existiera. Olvidando que nuestra conciencia es como un depósito de divinidad, actuamos como diosillos tratando de imponer criterios. Somos tan necios, tan torpes, que haciendo un mal creemos que podemos alcanzar un bien. Hasta el punto de justificar el aborto, cuando nos decimos que está bien, que es un derecho. Para justificarlo cambiamos las leyes.

La fe nos hace crecer en verdades reveladas que exceden a la inteligencia. De tal modo que, al nacer el Sol que nace de lo alto, no deja que se vean, oscurece otras estrellas.

Martes, 21 de enero 2020

“El poder ser hijo de Dios lo ha puesto en nuestras manos”

1Sm 16, 1-13 ¿Hasta cuándo vas a estar lamentándote?

Sal 88, 20-22. 27-28 Me invocaré: Tú eres mi Padre, mi Dios, mi Roca salvadora.

Mc 2, 23-28 El Hijo del hombre es señor también del sábado.

A mi siervo lo he ungido con óleo sagrado; para que mi mano esté siempre con él y mi brazo lo capacite. Fuimos bautizados y en el Bautismo no se miró nuestra apariencia, sino que se llevó a cabo la voluntad de Dios. De este modo el Espíritu del Señor está en adelante con cada uno. Y así resulta que es también señor del sábado.

El hombre hace leyes y las cambia según interesa. Entonces, ¿debe hacer el hombre lo que dice la ley? Depende. ¿Qué dice la ley? ¿Está permitido quitar la vida? La vida no nos pertenece. Entonces no debo quitar lo que no es mío. Hay derechos fundamentales contra los que no debe atentar la ley.

Por mucho que se pretenda hacer ingeniería social, el ser humano siempre anhelará la presencia de Dios, pues vive sediento de su amor; aunque no sepa dónde beber. El encuentro con Jesús nos indica el camino: Ven y verás. Y marca en la vida un antes y el después.

La sociedad de hoy sufre la dificultad de encontrarse con muchos avances, adelantos..., por lo que se dice: “Si no lo veo, no lo creo”. Y no cae en la cuenta de que es preciso ser como niño: “Dichoso el que cree sin haber visto”. La fe se vive, no se toca, no se ve, pero sí se experimenta, se goza. El avestruz pesa tanto que no puede volar a pesar de tener alas. Al cretino, al hipócrita, le pasa como si el avestruz se creyera halcón en lo que piensa y cree y se alimentara de sus vanaglorias, que lo dejan en tierra.

Señor, recuerda que tu ternura y tu misericordia son eternas; no mires mis maldades, acuérdate de mí con tu bondad (Sal 24).

Domingo, 26 de enero 2020

3º del Tiempo Ordinario.

“Dios no exige, espera”

Is 8,23b-9,3 El pueblo que andaba en tinieblas vio una luz grande.

Sal 26, 1. 4. 13-14 El Señor es mi luz y mi salvación.

1Co 1, 10-13. 17 Poneos de acuerdo y no andéis divididos.

Mt 4, 12-23 El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz.

El pueblo vivía a oscuras y una luz les brilló. Cuántas veces estamos enfrascados en las faenas de la vida y necesitamos que Jesús nos llame. Si el Señor estuviera presente, ¿quién nos haría temblar? Por eso una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por todos los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor contemplando las maravillas que hace en mí, su templo.

La escucha de la palabra de Dios nos lleva y anima a la conversión, no nos lleva al hacer, sino a anunciar, a evangelizar, a ser testigos del amor de Cristo Jesús a una sociedad en sombras de muerte. Jesús nos llama y nos anima a seguirle. ¿Hacemos como Pedro y Andrés, que lo dejaron todo de inmediato y le siguieron?

¿Dejamos que el amor de Cristo Jesús nos una con un mismo pensar y sentir? ¿Qué nos pasa que hay tantas desavenencias y hasta discordias entre nosotros que hacen ineficaz la cruz de Cristo? ¿A qué nos envía, a seguir a partidos políticos o a ser testigos del Evangelio? Y no con sabiduría de palabras, sino como testigos de su amor.

¿Qué han hecho los Partidos por ti? Jesús nos llama a evangelizar nuestra sociedad, pero no a dejarnos influenciar por ella. Nos llama a ser luz, para que encontremos el camino y sal para dar sabor a esta vida inútil, llena de ruidos, de información manipulada que vivimos.

Escucha, Israel: Déjate amar, para que conozcas el amor de Dios, y ames como eres amado. Porque, ¿de qué te sirve seguir a otros dioses, si no te dan vida eterna?

¡Qué pena, cuando una nación enloquece renegando de sus raíces!

Pautas de oración

¿Por qué andáis divididos?

¿Está dividido Cristo?



DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES